

la alegría, la dulzura, la vida que siempre dura, la gloria, la alabanza, el reposo, el amor y la admirable concordia (1).

El reino de Dios, dice S. Agustín, está lleno de luz, de paz, de caridad, de dulzura, de felicidad infinita, y de un bien inefable superior á todo pensamiento y á toda expresión. La vida futura es eterna y eternamente feliz; allí se goza de una seguridad inalterable, de una tranquilidad segura, de una alegría pacífica, de una feliz eternidad y de una eterna dicha. El amor es allí perfecto, el temor nulo, el día sin crepúsculo: *Futura vita sempiterna et sempiterna beata ubi est certa securitas, secura tranquillitas, tranquilla jucunditas, felix aternitas, aterna felicitas; ubi amor est perfectus, timor nullus, dies aternus.* (Lib. Medit., c. XXII).

El hombre, dice en otra parte el mismo padre, es feliz llegando á la posesion del Sér cuya felicidad es eterna. Hé aquí la felicidad sin fin, hé aquí para el hombre el principio de una vida que no cesará nunca, de una sabiduría que no conocerá término: la luz que le ilumina, es la luz eterna (2).

Los elegidos, dice el Apocalipsis, están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo; y el mismo que está sentado en el trono, habitará en medio de ellos. No tendrán ya hambre ni sed; ya no les incomodará más el calor del sol ni el bochorno, porque el Cordero, que está en medio del trono, será su pastor y les llevará á fuentes de aguas vivas, y Dios enjugará todas las lágrimas de sus ojos. (VII. 15-17).

Regocijémonos, tengamos alegría, dicen los elegidos, y tributemos gloria á Dios, porque las bodas del Cordero han llegado, y su esposa está preparada: *Gaudemus et exultemus, et demus gloriam ei; quia venerunt nuptiae Agni, et uxor ejus preparavit se.* (Apoc. XIX. 7). Esta esposa de que habla el Apocalipsis, es la santa Iglesia coronada por Jesucristo en el cielo. Felices aquellos que están llamados á la cena de las bodas del Cordero: *Beati qui cenam nuptiarum Agni vocati sunt.* (Apoc. XIX. 9).

Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, dice el Señor en el Apocalipsis. Yo daré gratuitamente de beber de la fuente del agua de la vida al que tenga sed. El que venza, poseerá estos bienes, y yo seré su Dios y él será mi hijo: *Ego sum Alpha et Omega, initium et finis. Ego sitienti dabo de fonte aqua vitæ gratis. Qui vicerit, possidebit hæc, et ero illi Deus, et ille erit mihi filius.* (XXI. 6-7).

(1) *Premium est videre Deum, vivere cum Deo, vivere de Deo, esse cum Deo, esse in Deo, non erit omnia in omnibus. Et ubi est summum bonum, ibi est summa felicitas, summa jucunditas, vera libertas, perfecta caritas, aterna securitas, et secura aternitas; ibi est vera lætitia, plena scientia, omnis pulchritudo, et omnis beatitudo. Ibi est pax, pietas, bonitas, lux, virtus, honestas, gaudium, dulcedo, vita perennis, gloria, laus, requies, amor, et dulcis concordia. De Frænio celest. patriæ.*

(2) *Homo fit beatus contagiando illud quod semper beatum manet, et est illud ipse beatitudo perpetua, et unde fit homo vivens vita perpetua, unde fit homo sapiens sapientia perpetua, unde fit modo illuminatus, lumen sempiternum. Serm. XXXIII. de verbis Domini in Joann.*

Señor, dice el Salmista, me habeis enseñado las sendas de la vida: me colmaréis de gozo con la vista de vuestro divino rostro: en vuestra diestra se hallan delicias eternas. (XV. 11). Un río caudaloso, añade, alegra la ciudad de Dios; el Altísimo ha santificado su tabernáculo: *Fluminis impetus lætificat civitatem Dei; sanctificabit tabernaculum suum Altissimus.* (XLV. 3). Feliz, Señor, exclama en otro lugar, aquel á quien Vos elegisteis y allegasteis á Vos: él habitará en vuestro tabernáculo. Colmados seremos de los bienes de vuestra casa: *Beatus quem elegisti et assumpsisti; inhabitabit in atrii tuis. Replebimur in bonis domus tue.* (LXIV. 5). Felices aquellos que habitan en vuestra casa, Señor; ellos os alabarán para siempre: *Beati qui habitant in domo tua, Domine; in sæcula sæculorum laudabunt te.* (LXXXIII. 5).

Llenos de gozo están, oh Sion, todos cuantos en tí habitan. (LXXVI. 7). Cantando me estará eternamente las misericordias del Señor. (LXXXVIII. 4). Plantados en la casa del Señor los justos, florecerán en los atrios de la casa de nuestro Dios. (XCI. 43). Gozaránse los Santos en la gloria, y regocijarse han en sus moradas. (CXLIX. 3).

El que disfrute de la bienaventuranza, dice S. Bernardo, verá á Dios tanto como quiera; hará de él sus delicias, y le poseerá para dicha suya. Estará lleno de fuerza en la eternidad; brillará en la verdad; se regocijará en la bondad. Tendrá la eternidad por término de su existencia, la facilidad de conocer, y la dicha del reposo. Como los ángeles, será habitante de aquella ciudad, cuyo templo es Dios el Padre, cuya luz es Jesucristo, y cuya claridad es el Espíritu Santo (1).

En el cielo, dice S. Agustín, hay una fiesta sin fin, una eternidad sin mancha, una serenidad sin nubes: *Ibi festivitas sine fine, aternitas sine labe, serenitas sine nube.* (Lib. de Civit.).

Dios manifiesta todo bien á sus elegidos: *Ego ostendam omne bonum tibi.* (Exod. XXXIII. 19).

El ángel en el momento de dejar á los Tobías, padre é hijo, les dijo: Parecía que comía y bebía con vosotros; pero yo me sustento de un manjar invisible y una bebida que los hombres no pueden ver: *Videbar quidem vobiscum manducare et bibere; sed ego cibo invisibili, et potu, qui ab hominibus videri non potest, utor.* (XII. 19).

En el cielo, dice S. Bernardo, está la consumación de la alegría y de la felicidad; pero esta consumación ¿es la consumacion del deseo? Es más bien un aceite que alimenta; porque el deseo puede compararse con una llama. El bienaventurado estará lleno de alegría, pero no tendrá fin su deseo, y por consiguiente tampoco su ansia. De ahí provendrá aquella saciedad no acompañada de disgusto; de

(1) *Valebit beatus Deus ad voluptatem, habebit ad voluptatem, fruetur ad jucunditatem. In aternitate regibit, in veritate fulgebít, in bonitate gaudebit. Sicut habebit permanendi aternitatem, sic cognoscendi facilitatem, requiescendi felicitatem. Civis equidem erit sanctæ illius civitatis, cujus angeli cives sunt. Deus Pater templum est, Filius ejus splendor, Spiritus Sanctus caritas est. De Frænio celest. patriæ.*

ahí aquella insaciable curiosidad que sin embargo no conoce la inquietud; de ahí aquella sed eterna é inexplicable que no es el resultado de la necesidad; de ahí aquella embriaguez, llena de sobriedad, que se sacia, no con vino, sino con verdad, y que suspira por Dios (1).

En el momento de su muerte, Sto. Tomás de Aquino respondió á los que le preguntaban si necesitaba alguna cosa: No necesito nada, porque pronto lo tendré todo, y gozaré del bien supremo y único. (*In ejus vita*).

La eternidad forma la corona de los elegidos en el cielo. La felicidad es su vestido, sus discursos son una armonía, ellos abrazan al bien infinito que les sacia...

En el cielo, dice S. Bernardo, veremos cuán dulce es el Señor; contemplaremos el brillo de su gloria, el esplendor de los Santos y el honor del poder del gran Rey. Conoceremos el poder del Padre, la sabiduría del Hijo, la admirable clemencia del Espíritu Santo; así tendremos el conocimiento de esta augusta Trinidad. (*De praemio caelst. patriae*).

Las delicias celestiales aumentan el apetito, al mismo tiempo que lo sacian; porque cuanto más se disfruta de ellas, más se aprecia su excelencia, conforme á aquellas palabras del Eclesiástico: *Qui edunt me, adhuc esuriant; et qui bibunt me, adhuc sitient*: Los que me comen, aún tendrán hambre, y los que me beben, tendrán aún sed. (*XXIV. 29*). Aseguró el Señor el bien de cada una de todas sus obras. Pero y la gloria de él ¿quién se saciará de contemplarle? *Uniuscujusque confirmavit bona. ¿Et quis satiabitur videns gloriam ejus?* (Ecclesi. XLII. 26).

Contemplemos la admirable saciedad de los Ángeles y de los Santos. ¿De qué dulzura no llena á los elegidos la eterna vision de Dios! Todo lo que place, todo lo que es ventajoso, todas las riquezas, todas las delicias, el reposo y el consuelo están en el cielo; porque ¿qué puede faltar allí en donde se ve y se posee á Dios á quien nada falta? Los elegidos ven á Dios y desean no dejar de verle; tan hermoso es; le aman, y desean no dejar de amarle: tan digno es de amor. Poseyendo á Dios, ellos descansan en esta felicidad; unidos á la verdadera bienaventuranza, son soberanamente felices; contemplando al Ser eterno, ellos tambien son eternos; unidos á la verdadera Luz, se vuelven luminosos.

Alegraos pues, bienaventurados elegidos, porque ya vais á igual á quien amais, ya habeis obtenido á aquel que deseasteis por largo tiempo. ¡O alma mía! despiértate, excita tu inteligencia y medita, cuanto puedas, qué bien y qué gran bien es Dios; porque si cual-

(1) Numquid consummatio gaudii, desiderii consummatio est? Oleum magis est illi, nam ipsum flammam. Adimplebitur lectia, sed desideria non erit finis; ac per hoc, nec quarendi. Hinc illa satietas sine fastidio. Hinc insatiabilis illa sine inquietudine curiositas. Hinc eternum illud atque inexplicabile desiderium nostrorum appetitum. Hinc denique sic bene illa ebrietas, verum, non merum, ingurgitans; non madens vino, sed ardens Deo. *De Praemio caelst. patriae*.

quier bien es agradable, ¡cuánto más agradable ha de ser el bien que los encierra todos, el bien que se diferencia de todos los bienes creados, como el Criador es diferente de la criatura! Si la vida creada es buena, ¡cuál debe ser la excelencia de la vida creadora! Si la salud es preciosa, ¡cuán preciosa es la salud que cura todos los males! Si se admira la sabiduría que se descubre en el mundo visible, ¡cuán admirable debe ser la sabiduría que todo lo ha hecho de la nada! En fin, si se encuentran numerosos goces en los bienes de la tierra, ¡qué goce infinito no ha de experimentarse al poseer á aquel que produce todo lo que es agradable!

Gozar de Dios es una felicidad tan grande, que el corazón del hombre no podría naturalmente contenerla; se rompería y estallaría, si Dios dejase de fortificarlo y conservarlo. Los elegidos aman de tal manera á Dios con toda su alma y con toda su fuerza, que su corazón no basta á su amor; son tan felices, que su corazón no basta á contener la alegría de que rebosa. En la eterna y perfecta felicidad, los elegidos gozan de tres modos de Dios: 1.º contemplándole en las demás criaturas; 2.º contemplándole en sí mismos, lo que es infinitamente más dulce; 3.º contemplando á la Trinidad en sí misma, lo que constituye la suprema felicidad: porque la eterna consiste en ver á Dios cómo él es.

La paz de Dios, esta paz que es superior á todo entendimiento, y mas aún á todo encarecimiento, está en la dulce morada del cielo. Nadie busque pues el medio de expresar lo que no ha sido dado experimentar. Se os echará en el seno una buena medida, aprelada, y bien colmada, hasta que se derrame, dice Jesucristo: *Mensuram bonam, et confertam, et coagitatam, et superfluentem dabunt in sinum vestrum*. (Luc. VI. 38).

Así como el hombre con sus cinco sentidos, la vista, el oído, el gusto, el olfato y el tacto, goza de las cosas temporales exteriores, de la misma manera en el cielo goza inefablemente de Dios de cinco maneras: Le ve, le oye, le gusta, le siente y se uno á él con eternos abrazos.

Vuelve la vista á Sion, ciudad donde se celebran nuestras solemnidades, dice Isaías; tus ojos verán á Jerusalem, mansion opulenta. (*XXXIII. 20*). Isaías llama á la Iglesia triunfante, 1.º ciudad de las fiestas, porque en el cielo habrá una fiesta perpétua, una alegría, una alabanza y una armonía que durarán por los siglos de los siglos. 2.º La llama Jerusalem, palabra que significa *vision de la paz*. 3.º La llama mansion opulenta, porque allí se encuentran con abundancia todos los esplendores, todas las gracias, todas las riquezas, todas las glorias.

¡O ciudad santa! No se oirá ya hablar más de iniquidad en tu tierra, ni de estragos, ni de plagas dentro de tus confines; ántes bien reinará la felicidad dentro de tus muros, y en tus puertas resonarán cánticos de alabanza: *Non audietur ultra iniquitas in terra tua, vas-fitos et contritio in terminis tuis; et occupabit salus muros tuos et*

portas tuas laudatio. (Isai. LX. 48). En el cielo no habrá iniquidad, destrucción, plagas; sino que entre todos los elegidos reinarán la equidad, la santidad, la caridad supremas. Aquí en la tierra á menudo el enemigo invade nuestros muros y se apodera de nuestras puertas: nos aflige la tribulación, el hambre, los disgustos, las enfermedades y las lágrimas, etc.; pero en el cielo reinan la paz, la alegría, la felicidad y el regocijo: se oyen allí resonar alabanzas y cánticos de amor, etc.

Escuchad á S. Bernardo: decidnos, Señor, vos que lo sabeis, lo que nos preparais. Tendremos con abundancia los bienes de vuestra casa; pero ¿qué bienes? ¿Será vino, aceite ó trigo? Mas nosotros conocemos estos bienes, los vemos y nos cansan. Buscamos lo que nuestros ojos no han visto, lo que el oído no ha percibido, lo que no ha pasado á hombre por pensamiento. Dios será, dice, todo para todos. Aquí en la tierra, la razon se engaña muchas veces en los juicios que forma, la voluntad es juguete de mil agitaciones, la memoria está aligida con numerosos olvidos; vuestra criatura tan noble, sin embargo, está sujeta, á pesar suyo, si bien con la esperanza de verse libre, á las tres vanidades y miserias que acabo de indicar. Pero en el cielo, el que satisface los deseos del alma será para la inteligencia la plenitud de la luz, para la voluntad la paz soberana, para la memoria el recuerdo eterno. ¡O verdad, ó caridad, ó eternidad! ¡En qué dolores no se precipita el que se aleja de vosotras! ¡en qué temores no se sumerge! ¡Desgraciados! ¿qué trinidad hemos colocado en el lugar correspondiente á la Trinidad santa! Mi corazón ha sido agitado por inclinaciones contrarias: de ahí ha venido mi dolor; me he acordado de que la fuerza me ha abandonado varias veces: de ahí ha venido mi temor; de que la luz me ha hecho falta: de ahí ha venido mi error. ¡O trinidad de mi alma, has ofendido á la Trinidad suprema! Sin embargo, no te desanimes, no te turbes; espera en Dios; pues yo le alabare todavia, cuando mi inteligencia escape para siempre del error, mi voluntad del dolor, y mi memoria del temor. (*Serm. II. in Cant.*)

Dice el Señor: Mis criados comerán, mis criados apagarán su sed.... se regocijarán; entonarán á impulsos del júbilo de su corazón himnos de alabanza.... Las precedentes angustias se han echado en olvido y desaparecieron de mis ojos. Yo voy á criar nuevos cielos, nueva tierra, y de las cosas ó tribulaciones primeras no se hará más memoria, ni recuerdo alguno, sino que os alegraréis y regocijaréis eternamente en aquellas cosas que voy á criar; pues hé aquí que yo formaré á Jerusalem, ciudad de júbilo, y á su pueblo, pueblo de alegría. Y colocaré yo mis delicias en Jerusalem, y hallaré mi gozo en mi pueblo: nunca jamás se oirá en él la voz de llanto ni de lamento. (*Isai. LXV. 13-17*). Haciendo el elogio de Santa Paula, dice S. Jerónimo: Paula ha terminado su carrera, ha conservado la fe; ahora disfruta de la corona de justicia, y acompaña al Cordero por todas partes. Está saciada, porque ha tenido hambre.

Llena de alegría, canta. Todo lo que habíamos oído decir, lo vemos realizado en la ciudad de nuestro Dios. ¡Cambio feliz! Lloró, para adquirir una alegría eterna; despreció las aguas cenagosas y emponzonadas, para apagar su sed en la fuente del Señor; se aplicó el cilicio, para hacerse acreedora á llevar el vestido sin mancha de los elegidos y poder decir: Me habeis quitado los andrajos que me cubrian, y me habeis revestido de regocijo. Ella comia ceniza con su pan; ella mezclaba sus lágrimas con la bebida, repitiendo: Día y noche me he abrevado con mis lágrimas, á fin de nutrirme durante la eternidad con el pan de los Angeles y poder cantar: Gustad y ved cuán suave es el Señor.

Congratulaos, pues, dice Isaías con la nueva Jerusalem, y regocijaos con ella todos los que la amais; rebotad con ella de gozo todos cuantos por ella estais llorando; á fin de que chupeis así de sus pechos la leche de sus consolaciones celestiales hasta quedar saciados, y saqueis abundante copia de delicias de su consumada gloria. Porque esto dice el Señor: Hé aquí que yo derramaré sobre ella como un río la paz, y como un torrente que todo lo inunda, la gloria de las naciones: vosotros chuparéis su leche, á sus pechos seréis llevados, y acariciados sobre su regazo como una madre acaricia á su hijito: así yo os consolaré á vosotros, y hallaréis vuestra paz y consolación en Jerusalem. Vosotros lo vereis, y se regocijará vuestro corazón, y vuestros huesos reverdecen como la yerba, y será visible la mano del Señor á favor de sus siervos, al paso que hará experimentar su indignación á sus enemigos. (*LXVI. 10-14*).

¡Oh cuántos hijos te dará á ti! dice el Señor por boca de Jeremias: yo te daré la tierra deliciosa, una herencia esclarecida de ejércitos de gentes. Y añade: Tú me llamarás Padre y no cesarás de caminar en pos de mí. (*III. 19*). La herencia de la patria celestial, dice Sto. Tomás, es admirable, 1.º por el esplendor de la vision divina; porque dice el Salmista: *En vuestra luz veremos la luz* (*XXXV. 10*); 2.º por la dulzura del divino amor: segun aquellas palabras de David: *¡Cuán excelente es el caliz mio que santamente embriaga!* (*XXII. 5*); 3.º por la familiaridad del trato con Dios; porque, como nos dice la Sabiduría: *Se halla grande gloria en participar de sus razonamientos* (*VIII. 18*); 4.º por la magnificencia de las obras de Dios, segun las palabras del Eclesiástico. (*XLIII. 27*); 5.º por la grandeza á que seremos elevados, como lo atestigua el profeta Zacarías: Os salvaré, y sereis objeto de bendición. (*VIII. 13*); 6.º por la dulzura que se experimenta en la sociedad de los Santos. (*3. p. q. art. 9*).

En el cielo, dice S. Agustin, todo es lo sumo de la grandeza, todo es verdad, todo santidad, todo eternidad: *In celo omnia summa sunt, vera sunt, sancta sunt, eterna sunt.* (In Psal. XLIX).

1.º En el cielo disfrutaremos de una felicidad eterna, y de una alegría sin medida y sin fin. Despójate, Jerusalem, del vestido de luto correspondiente á tu aflicción, dice el profeta Baruch, y vis-

tete del brillo y de la magnificencia de aquella gloria eterna que te viene de Dios: *Erue te, Jerusalem, stola luctus, et vexationis tue; et indue te decore, et honore ejus quæ à Deo tibi est sempiternæ gloriæ.* (V. 4).

2.º Los elegidos estarán en el esplendor de la gloria.....

3.º Tendrán un nombre nuevo.....

4.º En el cielo están los ejércitos de los Santos.

¡Cuántas serán vuestras delicias, oh vosotros que amais á Dios! exclama S. Agustín; os regocijaréis en la abundancia de la paz. Vuestro oro será la paz, vuestra plata la paz, vuestra herencia la paz, vuestra vida la paz, vuestro Dios la paz; todo lo que deseéis, será paz para vosotros. Allí vuestro Dios será todo para vosotros; os alimentareis de él para no tener hambre; beberéis de él para no tener sed; seréis iluminados por él para no volveros ciegos; seréis sostenidos por él para no caer. El os poseerá enteramente, y le poseeréis de la misma manera, porque Dios y vosotros no formaréis más que una sola cosa *por union de amor* (1).

¡O vida, exclama el mismo Doctor, ó vida que Dios ha preparado para los que la aman, vida que es realmente la vida, vida dichosa, vida segura, vida tranquila, vida digna de desearse, vida pura, vida casta, vida santa, vida que no conoce la muerte, vida sin tristeza, sin mancha, sin dolor, sin inquietud, sin alteracion, sin cambio, sin turbacion, vida llena de hermosura, de dignidad; cuanto más te estudio, más desfallezco de amor. (*Medit., CXXII*).

Dios será nuestra morada, añade S. Agustín, y nosotros seremos la morada de Dios: *Habitabimur et habitabimus.* (Lib. IV. de Civit., c. VII).

En el cielo se encuentra: 1.º una alegría indecible jamás debilitada por el fastidio, etc.; 2.º la integridad de todas las facultades del alma. El alma, á consecuencia del pecado de Adán, experimenta en su inteligencia la oscuridad y la ignorancia; en su voluntad, una inclinacion hácia las cosas perecederas; en la parte irascible, temores y espantos diversos; en la concupiscible la debilidad y la inclinacion al mal; en su memoria, el olvido que se fija en lo pasado como el moho en el hierro. En el cielo Jesucristo cura todos los males, dando á la inteligencia la luz y la ciencia, á la voluntad la constancia y el bien, á lo irascible una fuerza heroica, á lo concupiscible la honestidad y la rectitud que hacen que sólo se desee el bien, á la memoria el recuerdo eterno del bien y el eterno olvido del mal; 3.º la salud del alma, que será la gloria, la vision y la posesion de Dios.

(1) *Qui erunt, ó amatores Dei, delictis tuis? Delectabuntur in multitudine pacis. Aurum tuum erit pax, argentum tuum pax, prædia tua pax, vita tua pax, Deus tuus pax; quicquid desideras, pax tibi erit. Ibi Deus tuus totum tibi erit, manducabis eum, ne esuriam; bibes eum, ne sitis; illuminaberis ab eo, ne sis cæcus; fulciris ab eo, ne delicias. Possides debet totum totus; ineger totum habebis, totum et ille habebit, quia et tu, et ille unus eritis. In Psal. XXXVI.*

El cuerpo, dice S. Pablo, á manera de una semilla es puesto en la tierra en estado de corrupcion, y resucitará incorruptible: es puesto en la tierra todo diforme, y resucitará glorioso: es puesto en tierra privado de movimiento, y resucitará lleno de vigor: es puesto en tierra como un cuerpo animal, y resucitará como un cuerpo todo espiritual, esto es, libre de todas las alteraciones materiales, y perfectamente concorde con el espíritu: *Seminatur in corruptione; surget in incorruptione. Seminatur in ignobilitate; surget in gloria. Seminatur in infirmitate; surget in virtute. Seminatur corpus animale, surget corpus spiritale.* (I. Cor. XV. 42-44).

La luz tiene cuatro cualidades, que transmitirá á los cuerpos gloriosos: la claridad, la incorruptibilidad, la agilidad, y la penetracion.....

Los cuerpos de los elegidos, dice S. Agustín, no estarán sujetos á la deformidad, á la pesadez, á las enfermedades, ni á la corrupcion. Su claridad ó esplendor les preservará de toda deformidad; se escaparán de la pesadez con su agilidad, de las debilidades con la penetracion ó sutileza, de la corrupcion con la impasibilidad. (*De Civit.*).

Un río caudaloso alegra la ciudad de Dios..... Está Dios en medio de ella, no será comovida; la socorrerá Dios ya desde el rayar el alba: *Deus in medio ejus non commovebitur.* (Psal. XLV. 6).

El Señor reinará con los justos para siempre, dice la Sabiduría: *Regnabit Dominus illorum in perpetuum.* (III. 8).

Los justos vivirán eternamente, añade la Sabiduría: *Justi in perpetuum vivent.* (V. 16).

La vida eterna, dice S. Bernardo, es la plenitud, es un día que no conoce ocaso; es el sol siempre en el zenit; es la verdadera gloria en todo su brillo, la eterna verdad, la verdadera eternidad, la eterna y verdadera saciedad. Su duracion no tiene término, su esplendor no tiene sombra; los que gocen de ella, no temerán nunca perderla. (*Serm. in Psal.*).

Si buscamos bienes, dice S. Gregorio, amemos los que tendremos toda la eternidad; y si tememos algunos males, temamos los réprobos que no han de tener término: *Si bona querimus, illa diligamus quæ sine fine habebimus; si autem mala pertimescimus, illa timeamus quæ à reprobis sine tolerantur.* (Epist. ad Andream).

Tus ojos verán un tabernáculo que no podrá ser trasladado á otra parte, dice Isaías: *Oculi tui videbunt tabernaculum quod nequam transferri poterit.* (XXXIII. 20).

Tendrán á Sion, dice tambien Isaías, cantando alabanzas, coronados de gozo sempiterno: disfrutarán de un celestial placer y contentamiento, y huirá de ellos para siempre el dolor y el llanto. (XXX. 10).

La eternidad es la entera, la perfecta y la infinita posesion de la vida. La eternidad, 1.º no tiene fin; 2.º jamás está interrumpida;

Después de la resurreccion los cuerpos de los elegidos participarán de su gloria.

El cielo durará eternamente.

3.º es entera para cada instante de su duracion; 4.º es el perfecto goce de la vida y de todos los bienes. En los bienes de la tierra hay muchas imperfecciones, y muchas cosas hacen falta. Por ejemplo: si se tienen riquezas, faltan honores; si se tienen honores, falta la salud; si se tiene la salud, falta la ciencia; si se tiene ciencia, os falta la elocuencia. Si asistis á un festin, al momento que os hallais satisfechos, ya desaparece vuestro apetito y el placer que experimentabais; el vigor, la fuerza del alma y del cuerpo se desvanecen pronto. En la vida eterna, al contrario, los bienaventurados disfrutan de todos los bienes á la vez; poseen las riquezas de Dios, los honores de Dios, la ciencia de Dios, la salud de Dios, la fuerza de Dios, los goces de Dios: tienen todos estos bienes á la vez, y los tendrán todos durante la eternidad. No dejarán pues de ser felices. *Letitia sempiterna super caput eorum.* (Isai. XXXV. 10).

Los justos, dice Jesucristo, irán á la vida eterna: *Ibunt iusti in vitam eternam.* (Math. XXV. 46).

¿Qué es la eterna bienaventuranza? Preguntémoslo á los que han llegado á ella y la disfrutan. Pedro, Pablo, Juan, Stos. Apóstoles, decidnos: ¿Qué es la bienaventurada eternidad? — No es imposible expresarlo de modo que se nos entienda, y sin embargo ya hace mil ochocientos años que disfrutamos de ella. — ¿Habeis perdido algunos dias de vuestra felicidad eterna? — Ni una hora, ni un momento; es como si empezase á cada instante: siempre nueva, siempre deliciosa, siempre la misma, y aun nos queda una eternidad para gozar. — ¿Qué es pues esta dicha tan grande? — Es el abismo de las alegrías, el abismo de los tiempos, el abismo de los siglos: alegrías, tiempos y siglos que jamás tendrán término ni limite; es la longitud, la anchura y la profundidad inconmensurables. Aunque seamos muy prudentes y muy sabios, no podemos apreciar nuestra eternidad, ni medirla; se resiste á toda dimension: jamás tendrá fin nuestro reino, nuestra alegría, nuestra gloria, nuestra felicidad; tenemos el eterno peso de una sublime é incomparable gloria: *Eternum gloriae pondus operatur in nobis.* (II. Cor. IV. 17).

Mártires, confesores, vírgenes, etc., decidnos ¿cuánto ha sido el tiempo de vuestra prueba, cuánto habeis sufrido, y cuál es ahora vuestra dicha, y cuánto ha de durar? — Nuestras pruebas, nuestros sufrimientos no han durado más que un instante; la gracia nos los ha hecho encontrar ligeros, y nuestra recompensa no tendrá fin.

El cielo tiene una juventud eterna, una hermosura eterna, una vida eterna, una paz eterna, un amor eterno. Cuando Dios vea el fin de su eternidad, los elegidos dejarán de ser felices....

¡O ciudad de Dios! gloriosas cosas se han dicho de tí: *¡Gloriosus dicta sunt de te, civitas Dei!*

Es fácil ir al cielo.

Las aflicciones tan cortas y tan ligeras de la vida presente, dice S. Pablo, nos producen el eterno peso de una sublime é incomparable gloria. *Id enim quod in presenti est momentaneum et leve tribulationis*

nostrae, supra modum in sublimitate aeternum gloriae pondus operatur in nobis. (II. Cor. IV. 17).

Escuchad á S. Bernardo explicando aquellas palabras consoladoras del gran Apóstol: Seguid, dice, murmurando y diciendo: Las penas son demasiado largas y terribles; yo no puedo sufrir tanto tiempo una carga tan pesada. El Apóstol dice que lo que se sufre es ligero y momentáneo, y sin embargo, vosotros no habeis ciertamente recibido como él, por cinco veces, cuarenta azotes ménos uno; no habeis trabajado más que todos los otros; no habeis resistido hasta derramar sangre. Considerad que los trabajos no son nada comparados á la gloria. Porque, primeramente, en la incertidumbre en que vivis, ¿á qué contais los dias y las horas? Pasan las horas, y el sufrimiento con ellas; las penas no están ligadas entre sí de tal modo que constituyan un todo; se suceden y desaparecen. No es lo mismo de la gloria y la recompensa destinadas al premio del trabajo; no conocen ni disminucion ni fin, y existen enteras á cada instante, porque son eternas. En segundo lugar, la pena se apura gota á gota; la sufrimos poco á poco; pasa y no dura más que un instante. Pero en la remuneracion hay un torrente de delicias, un rio impetuoso que inunda de alegría; hay un rio de gloria, un rio de paz, un rio de felicidad. En tercer lugar, no se nos prometen ricos vestidos y una casa hermosa, sino la misma gloria. Porque en realidad los justos no esperan alguna alegría, sino que poseen la misma alegría. Los hombres buscan su felicidad en medio de los festines, de las pompas, de las riquezas, de los placeres engañosos; pero amargas é inagotables lágrimas son el término de estas pretendidas alegrías, tan cortas por otra parte. Dios al contrario, reserva á sus elegidos, no una gota, sino un panal de miel pura y dulcísima; los reserva la alegría misma, la vida, la gloria, la paz y la grandeza; y esto todo á la vez por toda la eternidad! Esta es la recompensa, esta es la corona que podemos obtener con trabajos ligeros y de poca duracion. (*Serm. 1*).

La gloria que espero, dice S. Francisco de Asis, es tan grande, que cualquier enfermedad, cualquier mortificacion, cualquier humillacion, cualquier pena me regocija: *Tanta est gloria quam exspecto, ut me omnis morbus, omnis mortificatio, omnis humiliatio, omnis poena me delectet.* (San Bonav., in ejus vita).

El reino de los cielos se vende, dice S. Agustin: ¿Lo queréis? Compradlo. Ni hay para qué os afaneis en acopiar grandes caudales por lo subido del precio. Su valor es igual á lo que vos teneis. No examineis lo que teneis, sino lo que sois. El cielo vale lo que valeis vos. Daos vosotros mismos, y lo tendreis. Pero, me direis, yo soy malo, y tal vez Dios no me querrá. Dandoos á él, sereis buenos; y cuando lo seais, sereis vos el precio de la misma cosa que compréis: *Regnum Dei venale est; eme, si vis. Nec multum exstues de re magna propter pretii magnitudinem. Tantum valet quantum habes. Noli querere quid habeas, sed qualis sis. Res ista tanti valet, quanti es tu.*

Te da, et habebis illam. Sed malus sum, inquires, et forte me non accipiet. Dando te illi, bonus eris; cum autem bonus fueris, pretium ipsius rei eris. (Serm. LXIV. in Evang. S. Joann.).

Amar no es muy difícil; el corazón está hecho para amar. Y nosotros merecemos el cielo por el amor: el amor de Dios es la moneda con la cual podemos comprar la corona de la gloria.

¿Por qué somos estúpidos? dice S. Pedro Crisólogo. ¿En dónde estamos? ¿Que es este sueño que nos entorpece? ¿Qué es este olvido mortal que se ha apoderado de nosotros? ¿Por qué no cambiamos la tierra por el cielo? ¿Por qué no compramos las riquezas eternas con las que se desvanecen tan pronto? ¿Por qué no nos procuramos los bienes imperecederos con los bienes caducos de la tierra? (Serm. CXIV).

Vivid para la verdad, para la inmortalidad, para la eternidad, y tendréis á Dios por recompensa....

Escuchad áun al admirable é incomparable S. Agustín poniendo en boca del Señor las siguientes palabras: Lo que poseo, está de venta; comprado. ¿Qué vende Dios? prosigue este Padre de la Iglesia. El reposo, el paraíso. ¿De qué manera se hace pagar? Con trabajo. ¿Con qué trabajo? Un reposo eterno debiera comprarse con trabajo eterno; pero ¡cuán grande es la misericordia de Dios! Dios no dice: trabajad durante un millon de años; no dice: trabajad mil años; ni siquiera dice: trabajad durante cincuenta años; si no: trabajad durante el poco tiempo que vivis en la tierra, y así alcanzareis el reposo que no tendrá fin. (In Psal. XCIII).

Las penas actuales, dice S. Bernardo, no son nada en comparación de los pecados que se nos perdonan, de la gracia y de los consuelos que ahora se nos conceden, y de la gloria en fin que se nos promete: *Non sunt condigna passiones hujus temporis ad præteritam culpam que remittitur; ad presentem consolationis gratiam que mittitur; ad futuram gloriam que promittitur nobis.* (Serm. in Cant.).

Preguntad á los elegidos si el cielo les ha costado mucho, y si los trabajos que han sufrido están en proporción de su dicha, de su gloria, de su corona eterna....

Preguntad á los réprobos si, caso de que Dios les permitiera volver á la tierra para hacer penitencia y ganar el cielo, hallarian muy duro este permiso....

El primer medio para llegar al cielo es desearlo.

¿Cuándo será que yo llegue, dice S. Agustín segun el Salmista, y me presente ante la cara de Dios, para verte en la bondad de sus elegidos, para regocijarme en la alegría de su pueblo, y para que el sea alabado con su herencia? ¿Cuándo verá aquella ciudad de la que se ha dicho: Tus plazas, ó Jerusalem, estarán enlosadas de oro puro, y en todos tus barrios se oirán cantar alleluyas? O ciudad santa, ciudad bella, yo te saludo de lejos y clamo á ti, y te busco; porque deseo verte y descansar en tí: pero me detienen los lazos de

Medios de ganar el cielo; 1.º es preciso desearlo.

la carne. ¡O ciudad digna de ser deseada! Tus muros están formados de una sola piedra, tu guarda es el mismo Dios, tus ciudadanos siempre alegres, porque se congratulan siempre en la vision de Dios (1).

He combatido con valor, dice el gran Apóstol; he concluido la carrera, he guardado la fe. Sólo me queda esperar la corona de justicia que me está reservada, y que el Señor, que es el justo Juez, me ha de dar en aquel día; y no solo á mí, sino tambien á todos aquellos que desean su venida (2).

¿Cuáles debéis ser vosotros en la santidad de vuestra vida y piedad de costumbres, aguardando con ansia, y corriendo á esperar la venida del día del Señor, día en que los cielos encendidos se disolverán, y se derretirán los elementos con el ardor del fuego? Bien que esperamos, conforme á sus promesas, nuevos cielos y nueva tierra, donde habitará eternamente la justicia (3).

¡Ah! exclama el Real Profeta: ¿quién me dará alas como las de la paloma? y volaré, y descansaré: *¿Quis dabit mihi pennas sicut columbe? et volabo, et requiescam.* (LIV. 7). Y ciertamente ¿qué cosa puedo apetecer yo del cielo, ni qué he de desear sobre la tierra fuera de vos, oh Dios mio? ¡Ah! mi carne y mi corazón desfallecen. ¡Oh Dios de mi corazón, Dios que sois la herencia mia por toda la eternidad! (4).

¡Oh cuán amables son vuestras moradas, Señor de los ejércitos! Mi alma suspira y padece deliquios ansiando estar en los atrios del Señor. Tráspórtame de gozo mi corazón y mi cuerpo, contemplando al Dios vivo. El pajarillo halló un hueco donde guarecerse, y un nido la tórtola para poner sus polluelos. Vuestros altares, oh Señor de los ejércitos, ó Rey mio y Dios mio.... sean mi casa y mi nido. Bienaventurados, Señor, los que moran en vuestra casa: alabados han por los siglos de los siglos (5).

(1) Quando veniam, et apparebo ante faciem Domini, ad videndum eum in bonitate electorum suorum, ad letandum in iustitia gentis suæ, ut laudetur cum hereditate sua! Quando videbo civitatem illam de qua dictum est: Placeat tuis Jerusalem, sternentur circum munitio, et in te constituitur canticum lectium, et per omnes vicus tuos ab universis dicentur alleluia! O civitas sancta, civitas speciosa, de longinquo te saluto, ad te clamo, te requiro, desidero enim videre te, et requiescere in te: si non sinor, curæ relictus. O civitas desiderabilis! Miri tui boni usus, castus tuus ipse Deus, civis tui semper laeti, semper animi gratulantur in visione Dei. *Líb. de Spiritu et Anima, c. LXII.*

(2) Bonam certamen certavi, cursum consummavi, fidem servavi. In reliquo reposita est mihi corona iustitiæ, quam reddet mihi Dominus in illa die, iustus Iudex. Non solum autem mihi, sed et iis qui diligunt adventum ejus. *II. Tim. IV. 7-8.*

(3) Expectantes et prorepantes in adventum dñi Domini. Novos vero coelos, et novam terram secundum promissam ipsius expectamus, in quibus iustitia habitabit. Propter quod carissimi, hæc expectantes, satagite immaculati et inveniatis in pace. *II. III. Cor. 12-14.*

(4) Quid mihi est in celo, et à te quid vult super terram? Deficit caro mea et cor meum, Deus cornu meum, et para mea Deus in æternum. *Psal. LXXII. 25-26.*

(5) Quam dilecta tabernacula tua, Domine virtutum! Concupiscit et deficit animo mea in atriis Domini. Cor meum et caro mea exultaverunt in Deum vivum. Et enim passor invenit sibi domum, et turtur nidum suum, ubi ponat pullos suos. Altaria tua, Domine virtutum: Rex meus et Deus meus! Beati qui habitant in domo tua, Domine! In secula seculorum laudabunt te. *Psal. LXXXVII. 1-5.*

Si es tan dulce esperar el cielo, ¡cuánto más lo será poseerlo! dice S. Agustín: *Si spes tam dulcis est, quanto res dulcior erit!* (Lib. de Civit.).

Que los deseos terrenales, dice S. Leon, no detengan nuestras almas llamadas arriba; que las cosas perecederas no ocupen á los que están destinados á las cosas eternas: *Sursum vocatos animos desideria terrena non depriment; ad aeterna praefectos peritura non occupent.* (Serm. de Quadrag.).

2.º Es preciso practicar la pureza.

El segundo medio para llegar al cielo es practicar la pureza. Los hijos de este siglo, dice Jesucristo, contraen matrimonios recíprocamente; pero entre los que serán juzgados dignos del otro siglo y de la dichosa resurrección de entre los muertos, ni los hombres tomarán mujeres, ni las mujeres maridos, porque no podrán ya morir, otra vez, siendo iguales á los ángeles é hijos de Dios, por el estado de la resurrección á que *han llegado.* (Luc. XX. 34-36).

La muerte reina aquí en la tierra; hé aquí por qué todos tratan de tener descendientes: el padre quiere perpetuar su vida en la de sus hijos; pero en el cielo, dice S. Crisóstomo, no existe la muerte y por consiguiente tampoco el casamiento: *Illic autem mors non erit, et consequenter nec nuptie.* (Homil. ad pop.). Nada manchado podrá entrar en el cielo, dice el Apocalipsis: *Non intrabit in eam aliquod coinquinatum.* (XXI. 27).

¿Quién subirá al monte del Señor? pregunta el Rey Profeta. ¡O! ¿Quién podrá estar en su santuario? El que tiene puras las manos y limpio el corazón: el que no ha recibido en vano su alma, ni hecho juramentos engañosos á su prójimo. Este es el que obtendrá la bendición del Señor, y la misericordia de Dios su Salvador. (XXIII. 3-5).

¡Bienaventurados los que tienen puro su corazón, dice Jesucristo, porque ellos verán á Dios! *Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt.* (Matth. v. 8).

Jamás poseerán los impúdicos el cielo, dice S. Pablo: *Neque impudici regnum Dei consequentur.* (Gal. v. 21). Jamás la corrupción poseerá la herencia incorruptible: *Neque corruptio incorruptelam possidebit.* (I. Cor. XV. 50).

Y vi, dice S. Juan en el Apocalipsis, que el Cordero estaba sobre el monte Sion, y con él ciento y cuarenta y cuatro mil personas que tenían escrito en sus frentes el nombre de él y el nombre de su Padre. Al mismo tiempo oí una voz del cielo, semejante al ruido de muchas aguas y al estampido de un trueno grande: y la voz que oí, era como de cítaristas que tañían sus cítaras. Y cantaban como un cantar nuevo ante el trono, y delante de los cuatro animales y de los ancianos: y nadie podía cantar *ni entender* aquel cántico fuera de aquellos ciento y cuarenta y cuatro mil que fueron rescatados de la tierra. Estos son los que no se amancillaron con mujeres, porque son vírgenes. Estos siguen al Cordero do quiera que vaya. (XIV. 1-4).

El reino de los cielos se alcanza á viva fuerza, y los que se la hacen á sí mismos, son los que le arrebatan, dice Jesucristo: *Regnum caelorum vim patitur, et violenti rapiunt illud.* (Matth. XI. 12). 1.º se propende al cielo y nos hacemos dueños de él por medio de la fuerza; pero esta fuerza es la fuerza de la gracia y no la de la naturaleza; 2.º se llega al cielo haciendo violencia á las pasiones con la práctica de las virtudes; 3.º se llega por medio del combate seguido de la victoria; 4.º se llega viviendo como ángeles, pues el cielo es la casa de los ángeles; sólo lo alcanzaremos haciéndonos semejantes á ellos.

Hagamos violencia al Señor, dice S. Ambrosio, no compeliéndole, sino llorando; no provocándole con injurias, sino rogándole con lágrimas; no blasfemando con orgullo, sino prosternándonos humillados y gimiendo á sus piés. ¡O feliz violencia que no excita la indignación de Dios, sino que atrae su misericordia, arranca pruebas de bondad de aquel á quien la hacemos, y nos proporciona la salvación! Porque aquel que así hace violencia á Jesucristo, será visto por él con complacencia. Siguiendo nuestro camino, apoderémonos del Señor, porque él es la vía; esforcémonos como ladrones en despojarle de sus bienes; apresurémonos á quitarle de su reino sus tesoros, la vida eterna. Es tan rico y generoso, que no opone negativa ni resistencia, y despues de haberlo dado todo, no por eso deja de poseerlo todo. Es preciso atacarle vigorosamente, no con la espada ó el palo, ni á pedradas, sino con dulzura, con buenas obras, con castidad. Tales son las armas que debe emplear nuestra fe. Pero á fin de podernos servir de ellas en esta lucha, comencemos por hacer violencia á nuestro cuerpo, combatamos sus vicios: así recibiremos la recompensa de nuestras virtudes; porque debemos empezar por reinar sobre nosotros, si queremos apoderarnos del reino del Salvador y del mismo Salvador (1).

Regnum caelorum vim patitur, et violenti rapiunt illud. El reino de los cielos quiere ser ganado por asalto, y sólo los que así lo toman llegan á enseñorearse de él. El cielo está alto...; el camino es estrecho...; espinoso...; lleno de peligros...; y de enemigos...; está escarpado...; etc. Mirad lo que han hecho los mártires.... *Violenti*

(1) *Vim faciamus Domino, non compellendo, sed flendo; non provocando injurias, sed lacrymis exorando; non blasphemando per superbiam, sed per humilitatem moerendo. ¡O beata violentia, que non indignatione percutitur, sed misericordia condonatur! Beata, inquam, violentia, que vim patienti bonitatem elicit, et utilitatem tribuit inferenti. Quo quis enim violentior Christo fuerit, eo religiosior habebitur Christo. Aggredimur in itinere Dominum, siquidem ipse est via, et mors latronum, suis eum spoliare nitimur, cupimus illi auferre regnum, thesauros et vitam. Sed ille tam dives et largus est, ut non obnuet, non resistat, et cum omnia dederit, nihilominus omnia possidet. Aggredimur illum non ferro, non fuste, non saxo, sed mansuetollente, hominis operibus, castitate. Hec sunt arma fidei nostrae, quibus in congressione certamus. Et autem his armis uti in inferenda possimus, ante corporis nostri quodammodo faciamus vim, expugnemus membrorum vim, ut virtutum premia consequamur; prius enim ipsi regnare debemus in nobis, ut regnum possimus diripere Salvatoris. Serm. V.*

3.º Es monester hacerse violencia.

rapimus illud.... Es preciso imitar el valor del soldado que da el asalto. Si por un poco de ambición, de gloria ó de honor el soldado da pruebas de una energía y de un valor heroicos; si para conquistar una corona perecedera se expone á mil penas, á mil privaciones, á mil géneros de muerte, ¿cuánto celo, cuánta fuerza y constancia no debe desplegar el cristiano para obtener una gloria eterna, una corona que durará siempre!

La celestial Jerusalem es llamada la ciudad fuerte: *Urbs fortitudinis*. (Isai. XXVI. 1); porque, primero, es menester fuerza y valor para entrar en ella: nadie puede penetrar allí sin estas dos virtudes; el cielo es la patria de los hombres fuertes y robustos; segundo, porque la Jerusalem celestial es tambien muy fuerte. ¿Quereis saber cómo está defendida? Escuchad al profeta Isaias: El mismo Salvador es su muro y antemural. (XXVI. 1). Está como la torre de David, ceñida de baluartes, de la cual cuelgan mil escudos arneses todos de valientes. (*Cant. IV. 4*). Avanzando pues con valor, es como se puede dar el asalto y penetrar en su recinto.....

Esforzaos, dice Jesucristo, á entrar por la puerta estrecha: *Contendite intrare per angustam portam*. (Luc. XIII. 24). Esforzaos, esto es, armaos, corred, apoderaos de la ciudad eterna, no dejéis de luchar hasta que hayais llegado al puerto, á la felicidad suprema.

No pueden obtenerse grandes recompensas, dice S. Gregorio, sin grandes trabajos: por esta razon S. Pablo, aquel valeroso atleta, decia: No será coronado sino el que lidiare segun las leyes. Alégrese pues nuestra alma con la grandeza de las recompensas, y no se asuste por los trabajos y el combate (1).

4.º Es preciso vencer y perseverar.

Se fiel hasta la muerte, y te dará la corona de la vida eterna, dice el Señor en el Apocalipsis: *Esto fidelis usque ad mortem, et dabo tibi coronam vite*. (II. 10). Al que quede victorioso, le haré sentar conmigo en mi trono: así como yo fui vencedor, y me senté con mi Padre en su trono: *Qui vicerit, dabo ei sedere mecum in throno meo: sicut et ego vici, et sedi cum Patre meo in throno ejus*. (III. 21).

Jesucristo nos ofrece la corona de la gloria celestial; la pone á nuestra vista; y para excitarnos á que la alcancemos, le da diversos nombres y distintos títulos: ora la llama árbol de vida, ora maná oculo, otras veces piedra preciosa, aquí un nombre nuevo, allí vestido blanco, en otra parte estrella de la mañana, columna, trono, etc.

Animo pues, atletas de Jesucristo, combatid con valor, apoderaos del cielo. Como el gran Apóstol, olvidad las cosas de atrás, e id corriendo hácia el blanco de vuestra carrera, para ganar el premio á que Dios llama desde lo alto por Jesucristo. Es menester que ningún trabajo os parezca demasiado largo, que ningún dolor sea para

(1) Ad magna premia perveniri non potest nisi per magnos labores: unde et Paulus egregius dicebat: Non coronabitur nisi legitime certaverit. Delacet igitur mentem magis albedo premiorum, sed non deterreat certamen laborum. *Homil. XXXVIII. in Epist.*

vosotros insufrible, puesto que se os ha prometido el cielo, la corona celestial, la eternidad bienaventurada.....

Jesucristo, dice el Apocalipsis, tenia un arco, y diósele una corona, y salió victorioso para continuar las victorias: *Habebat arcum, et data est ei corona, et erexit vincens ut vinceret*. (VI. 2). Esto es lo que debe hacer todo cristiano si quiere obtener el cielo.

Mediante vuestra paciencia, dice Jesucristo, salvaréis vuestras almas. ^{5.º Es menester ser paciente.} (*Luc. XXI. 19*). *In patientia vestra possidebitis animas vestras*.

Dicen las Actas de los Apóstoles, que S. Pablo fortificaba á los discípulos y les exhortaba á la perseverancia; porque, decia, debemos entrar en el reino de Dios por medio de muchas aflicciones: *Per multas tribulationes oportet nos intrare in regnum Dei*. (XIV 21).

¡Qué bien tan grande es el cielo que la esperanza nos asegura! dice S. Agustín. Es glorioso merecerlo, y dulce poseerlo, puesto que, para merecerlo, los mártires desprecian las órdenes injustas de sus perseguidores, y no temen ni la espada, ni el fuego, ni la muerte más cruel. (*Lib. de Civit.*)

Esos, se lee en el Apocalipsis, que están cubiertos de blancas vestiduras, ¿quiénes son? y ¿de dónde han venido? Yo le dije: Mi Señor, vos lo sabeis. Entónces me dijo: Estos son los que han venido de una tribulación grande, y lavaron sus vestiduras y las blanquearon en la sangre del Cordero. Por esto están ante el trono de Dios: *Hi qui amicti sunt stolis albis, ¿qui sunt? et ¿unde venerunt? Hi sunt qui venerunt de tribulatione magna, et lacerunt stolas suas, et dealbaverunt eas in sanguine Agni; ideo sunt ante thronum Dei*. (VII. 13-15).

Padecemos por Jesucristo, dicen los mártires: nos hieren las uñas de hierro, nos despedazan los dientes de las fieras, nos llenan de llagas los azotes guarnecidos de puntas agudas, nuestros miembros son dislocados, nos mata la espada, ó se nos quema vivos; pero pronto vendrá el Sol de justicia, el Juez lleno de equidad para levantarnos, para curar y adornar con una gloria eterna nuestros miembros desgarrados, rotos, mutilados, quemados, devorados: dentro de un instante nuestra alma va á gozar la gloria de Dios. Tal era vuestro pensamiento, ó S. Lorenzo, cuando extendido en una parrilla candente, y llenas de sal todas vuestras heridas, os reiais de vuestros verdugos. Pensabais en el cielo, ó S. Vicente, cuando no sólo vencisteis los tormentos, sino tambien al mismo cruel Daciano, tirano y verdugo vuestro, con la paciencia, la dulzura y la generosidad. Sobre la gloria eterna meditabais, ó santa Cristina, cuando atormentada por vuestro idólatra padre, le deciais, echándole girones de vuestra carne: Recobra, tirano, recobra la carne que has engendrado.

Buscamos los ayunos, las viglias, los cilicios, la disciplina, para vos, ó Jesús, dicen los penitentes: nos mortificamos dia y noche,

6.º Es preciso estudiar los ejemplos que nos han dado los Santos y sobre todo los Mártires.

porque esperamos la resurreccion de la carne; y esta carne, hoy macilenta, livida, maltratada y casi muerta, nos será devuelta lozana, hermosa, floreciente y radiante. Entonces reformaréis, Señor, los cuerpos que humillamos, y los hareis semejantes á vuestro cuerpo luminoso. Y direis á nuestras almas: Puesto que habeis sido fieles en pocas cosas, voy á haceros dueñas de grandes bienes; entrad en la alegría de nuestro Señor: *Quia super pauca fuistis fidelis, super multa te constituam; intra in gaudium Domini tui.* (Matth. XXV. 21).

No lloremos aquí en la tierra, dicen los verdaderos fieles, expuestos á las tribulaciones, combatiendo y conquistando la victoria; estamos en tiempo de alliccion y de prueba; suspiramos y gemimos; nuestra carne, el mundo y el demonio nos harán guerra. ¡Ah! haced, Señor, que la aurora de la salvacion eterna brille por fin sobre nosotros; que estas enfermedades, que no son más que sombras, desaparezcan; que el sol de la eternidad se levante en el horizonte; y que la noche de la mortalidad cese, á fin de que estemos para siempre al abrigo de los escrúpulos, de los temores, de los pesares, de las tentaciones, de las debilidades, de los dolores, y que la serenidad, la paz, la fuerza, la alegría y la felicidad le sucedan durante los siglos de los siglos.....

7.* Es preciso usar del mundo como si no usáramos de él.

Pablo Orosio, amigo de S. Agustin, decia: Yo me sirvo en este momento de la tierra, pero no como si fuese mi patria; porque la verdadera patria, la que yo estimo, no está aquí. No me he aficionado á nada, y creo poseerlo todo, cuando Aquel á quien amo, está conmigo: siempre es el mismo al lado de todos y no abandona á nadie; está en todas partes y todo le pertenece. (*In ejus vita*).

Es preciso morir para todas las cosas presentes, vivir de Dios, despreciar todo lo que es vanidad, desear lo real y lo sólido, no hacer ningun caso de los bienes de la tierra, amar los del cielo, morir para el mundo y vivir para Dios, morir en el tiempo y vivir para la eternidad.....

O hombres, dice S. Pedro Crisólogo, si habeis de vivir en la tierra, consagrañe vuestros trabajos; pero si habeis de abandonarla, ¿por qué dejáis en ella lo que os pertenece, vuestro corazón, vuestra alma, vuestra voluntad, vuestra memoria, etc.? (*Serm. CXXIV*).

8.* Es menester meditar lo que es cielo.

Eleveos nuestra alma hácia las cosas eternas, admiremos lo que es verdaderamente sublime, dice Séneca: *Mittamus animum ad illa que eterna sunt, miremur in sublime.* (In Prov.).

Levantad los ojos al cielo, dice S. Cirilo, vivid de su recuerdo, como viajero que allí se dirige; sean vuestros actos y vuestro pensamiento dignos del cielo; sea este el fin de vuestros esfuerzos, de vuestras miradas y de vuestros deseos. Cuando se presente alguna cosa penosa, cuando la tentacion os mortifique, cuando una cruz pesada os agobie, echad una mirada á la ciudad celestial, y decid: Su-

friré todas las pruebas, y saldré victorioso de ellas por más grandes que puedan ser. Así se va al cielo. (*Catech. III. 4*).

El pensamiento del cielo reanima el valor abatido, hace perseverar á los buenos, y lleva el arrepentimiento al corazón del pecador, etc.....

Carísimos míos, dice el apóstol S. Juan, ahora somos hijos de Dios, pero no aparece aún lo que seremos algun dia. Sabemos si que cuando se manifestare claramente *Jesucristo*, seremos semejantes á él: porque le veremos como él es. Entre tanto, quien tiene tal esperanza en él, se santifica á si mismo, así como él es tambien santo. (*I. III. 2-3*).

9.* Es preciso santificarse.

Para ser semejantes á *Jesucristo* en la gloria, debemos esforzarnos en parecernos á él en santidad, en virtud, en amor.....

San Agustin dice muy acertadamente: Los justos llegan al bien supremo por medio de una cadena compuesta de virtudes del modo siguiente: primeramente el alma se halla rodeada de la fe como de un precioso anillo; la fe se une á la esperanza, la esperanza á la caridad, la caridad á las obras, las obras al soberano bien con la buena intencion; la buena intencion se completa con la perseverancia, que á su vez llega á Dios, manantial de todos los bienes: *Ad hoc summum bonum justí quadam catena trahuntur, quæ de virtutibus hoc modo connectitur: in primis fides animam, quasi quidam circulus, complectitur; fides spe nutritur, spes dilectione tenetur, dilectio operatione expletur, operatio ad summum bonum intentione trahitur; intentio boni perseverantia clauditur; perseverantia, Deus fons omnium bonorum dabitur.* (De Cognit. veræ vitæ).